

Una vez establecida de este modo la soberanía como de derecho divino, no hay necesidad de indagar cuál es el órgano infalible de lo justo y de lo verdadero, pues si la jurisprudencia de Domat es á veces insuficiente respecto de sus dogmas, inspiró, sin embargo, en la aplicación sentimientos humanos y buenos principios. En cuanto á la teoría, no se elevó á la ley del progreso continuo, y encontró en el dogma del pecado original la procedencia de la desigualdad entre los hombres, y la obligación de resignarse á ella. Pero ya se habia anunciado una completa renovación por la escuela filosófica, en la que Malebranche habia empezado á establecer la teoría idealista de la ley moral, y Leibnitz y Wolf la fórmula del progreso de los hombres individualmente, y de toda la humanidad hácia la perfección.

CAPÍTULO XLI

Ciencias históricas.

El mundo empezaba á conocerse mejor á sí mismo, y cada vez era mas apto para comprender aquella continuidad de acontecimientos que une las antiguas generaciones á las nuevas; pero los socorros con que se ayudó á la historia, extendieron mas bien sus conocimientos que sus miras.

Los resultados de los viajes no correspondieron á lo que de ellos se esperaba, y ya los hemos examinado en el libro XIV. El Florentino Cosme Brunetti, Juan Bautista y Jerónimo Vecchiotti, de Cosenza, viajaron y observaron; pero sus relaciones no fueron publicadas. El Romano Pedro Della Valle, describió posteriormente al año 1614 la Turquía, la Persia, la India, como erudito que sabe hacer comparaciones y apoyarse en monumentos, pero dando crédito á fábulas. El Napolitano Francisco Gemelli Carreri dió la vuelta al mundo en 1698, y publicó la relación de su viaje, traducida á varias lenguas, en la que muestra gran credulidad. Quizá haya dado como vistas cosas que tomó de otros: sin embargo, las indagaciones recientes le devuelven el crédito sobre algunas particularidades. Los mejores viajes son los hechos á Oriente por los Franceses Chardin, Bernier, Thevenot y Tavernier; Neuhoff penetró en China con la embajada holandesa, y la describió como buen observador. Otros Holandeses publicaron viajes; los Ingleses pocos, entre los cuales el principal es el de Dampier al rededor del mundo (1697). Kircher ha dicho buenas cosas sobre la China, y Ludoff sobre la Abisinia, porque ambos habian visto los países de que hablan. La obra de los Jesuitas acerca de la China es hasta ahora la mejor que se puede consultar. Las obras elementales son poco importantes.

Comparando el mejor mapa del mundo, publicado en 1651 por Nicolas Samson, con el que dió á luz su hijo en 1692, se conoce cuán pocos progresos habian hecho los conocimientos geo-

gráficos en aquel intervalo. La ciencia de los mapas fué creada por De Plise, que trabajó bajo la dirección de Cassini, y aprovechó los descubrimientos de la astronomía y de la erudición. El padre Vicente Coronelli, autor inagotable, fué llamado á Paris para construir dos globos de doce piés de diámetro, mas célebres por las inscripciones en honor de Luis XIV, con que los adornó, que por ningun otro motivo.

Tambien se cultivó con distinción la literatura oriental; pero siempre proponiéndose por único objeto los estudios bíblicos. En 1657 se imprimió *La Biblia poliglota* de Brian Walton, en nueve lenguas, ménos magnífica, aunque mas completa y cómoda que la de Paris, publicada por Lelong. *La Historia Orientalis* (1660) de Hottinger es inferior á la reputación que tiene. Bochart (1667) mostró inmenso saber, sobre todo en lo concerniente al pueblo hebreo: pero están desacreditadas sus etimologías. Pecoke (1691) hizo muchos servicios á la literatura árabe. El padre Luis Marracci, de Luca, tradujo y refutó el Corán, y fué llamado á Roma para verter la *Biblia* al árabe; dedicóse tambien al armenio. La *Biblioteca Oriental* (1697) de Herbelot forma época, y ofrece recursos preciosos, aun despues de tantos nuevos estudios. Galland popularizó la Arabia traduciendo *Las mil y una noches*. Hayde (*Veterum Persarum et Magorum religionis historia*) (1700) fué el primero que ilustró la religión de Zoroastro; ignoraba, sin embargo, la antigua lengua de los Persas, y los intérpretes mahometanos le indujeron á error. No se conocian las lenguas indias, aunque ya se poseían gramáticas del tamul, y quizá de otras.

Dedicándose á la anticuaria, la erudición pecaba tambien por su minuciosa futilidad, pero llegó á ser mas circunspecta; y si en el siglo anterior se habia creído á Annio de Viterbo, los *Etruscarum antiquitatum fragmenta*, publicados en 1632 por Curcio Inghirami, engañado ó engañador, pronto quedaron convencidos de mentira. Juan Meursio comenzó desde muy jóven sus trabajos sobre la Grecia, y principalmente sobre Atenas, cuya condición civil y científica dió á conocer; esta obra fué despues acabada por Hubbo Emmio en la *Vetus Græcia illustrata* (1626), y por Petit en el comentario á las leyes atenienses (1635). La *Germania antiqua* de Felipe Cluwer (1616) y aun mas la *Italia antiqua* (1624) son un precioso repertorio. Ezequiel Spanheim fué el primero que estudió científicamente las medallas, no solo examinando su autenticidad y rareza, sino determinando la utilidad que podría sacar de ellas la historia. No obstante, esta aplicación habia sido hecha antes por Felipe Paruta en la *Sicilia descrita por medio de medallas* (1612), obra aumentada por otros, y especialmente por Torremuzza. Vicente Mirabella publicó el plano de la antigua Siracusa, y Próspero Parisio las medallas mas raras de la Magna Grecia. Vaillant volvió de Levante con un abundante acopio de

1790

Literatura oriental.

Anticuaria.

medallas, sobre todo de los Seleúcidas, y se sirvió de ellas para ilustrar la historia con tranquilas indagaciones y un escepticismo templado. Varias disertaciones de la Academia francesa son en esta parte un modelo. El mejor sistema munismático fué dado á luz por Jobert en la *Ciencia de las medallas* (1692).

1618-1700.

Otros eruditos fijaron su atención en las inscripciones relativas á cada país, aunque la falta de suficiente crítica los indujo á errores, copiados despues confiadamente por los que les sucedieron. Citarémos en Italia á los Bellori, á los Falconieri (*Inscriptiones athleticæ*), y sobre todo á Rafael Fabretti de Urbino, tan celoso en recogerlas como sagaz en explicarlas. Los empleos públicos que se le confirieron en Roma, no le distraían de sus estudios, y recorría el Lacio en busca de antiguos restos, en un caballo no ménos paciente que él, y tan acostumbrado á aquella ocupación, que desde el momento en que llegaba á alguna ruina, se detenía, como para advertir á su amo, el cual se declaraba deudor de sus descubrimientos á aquel animal. Las principales obras de Fabretti son sus tres disertaciones: *De aquis et aquæductibus veteris Romæ*, y una sobre la columna de Trajano (1680-83); además de su colección de inscripciones, que es la primera en que no se encuentran muchas falsas, y están dispuestas de modo que se ayudan recíprocamente. Roma fué siempre el campo de las principales indagaciones, y Juan Ciampini (1698) publicó allí sus aclaraciones sobre las antigüedades sagradas (*Vetera monumenta*); buscó el origen de las primeras iglesias, la manera como estaban construidas y adornadas de mosaicos, y trató de averiguar si la Iglesia empleaba al principio el pan ácimo, cuestión que se ventilaba entonces. Examinó tambien el Libro pontifical y las Vidas de los papas por el bibliotecario Anastasio. Padua fué ilustrada por Lorenzo Pignoria (1631), uno de los eruditos mas profundos, que trató de descender el velo de los jeroglíficos egipcios y explicar la Tabla Isiaca (1). En cuanto á los que solo se han dedicado á ilustrar ciertas antigüedades parciales, nos limitarémos á decir, que, en su mayor parte, han perdido mucha de su importancia despues de los recientes descubrimientos.

Cronología.

La cronología, ayudada por los trabajos de los anticuarios, llegó á ser una ciencia; y el sistema de Jacobo Usserio (1656), muy cómodo para los que no tienen tiempo de entregarse á

(1) Que pasa por ser el mas insigne monumento egipcio antes que se hicieran los últimos descubrimientos. Tiene 5 piés de largo, y 3 de ancho. Está cubierta de esmaltado negro, en el cual están dibujadas ciertas figuras con perfil de plata. Despues del saqueo de Roma, un herrero la vendió al cardenal Bembo, de cuyo museo pasó al de Mantua, fué robada cuando el saqueo de 1630, y nada mas se supo de ella hasta que mas de un siglo despues volvió al museo de Turin, donde (despues de haber estado en el museo Napoleon de Paris) se conserva todavía, y ha sido el objeto de los estudios de los principales anticuarios, aunque se conceptúa que la que está ahora no es una obra original, sino una obra de los tiempos del emperador adriano.

indagaciones especiales, fué adoptado por Bossuet, Calmet y Rollin. Usserio se sujetó al texto hebreo; pero Pablo Pezron (*Antigüedad explicada*, 1687) procuró establecer la cronología segun los Setenta, resultando un grande escándalo, como si hubiese querido atacar la Vulgata; lo cual no impidió á su sistema prevalecer despues. Los que quisieron fijar la cronología de otras naciones, como Juan Marshand en el *Canon chronicus ægyptiacus*, trabajaron á tientas. Los Italianos Leon Alacci, *De mensura temporum*, Juan Bautista Riccioli, *Chronologia reformata*, y el famoso Vichietti, *De anno primitivo*, están á gran distancia de Petavio y Escaligero.

Muchos, despues de Newton, han buscado la cronología en las variaciones del cielo, producidas por la precesión de los equinoccios y la nutación; es decir, comparando el estado del cielo en un tiempo dado con el que presenta al verificarse la operación; pero las observaciones antiguas eran demasiado imperfectas, y en todo caso, no podrían servir sino despues del nacimiento de la verdadera astronomía en Grecia, época demasiado cercana.

Francisco Bianchini, de Verona, bibliotecario de la familia Ottoboni, se dedicó á un método particular de historia universal (1697), supliendo con los monumentos el silencio de los historiadores para fijar la cronología. Explica varios símbolos, y reconoce mitos en la historia; para él la guerra de Troya nació del comercio, figurando Elena la libertad de este; del mismo modo explica las diferentes ficciones de la mitología. No llega mas que hasta la fundación de la monarquía siria, y lo que luego se ha descubierto, le ha hecho envejecer. Estando muy instruido en las matemáticas, hizo varios descubrimientos relativos al planeta Venus; y habiendo trazado un meridiano en la cartuja de Roma, se proponía prolongarlo hasta el Adriático y el Mar Tirreno. Esto no le distrajo de la arqueología, y en sus aclaraciones sobre el Columbario de la familia de Augusto, descubierto entonces en la Via Apia, ilustró las costumbres romanas, demostrando que en la casa de aquel príncipe habia cerca de seis mil esclavos, cuyo trabajo estaba subdividido, de tal suerte que uno se limitaba á pesar la lana hilada por la emperatriz, otro custodiaba sus pendientes, otro cuidaba de su perrita, etc.

Fué un singular personaje el Florentino Antonio Magliabecchi. Colocado en casa de un joyero, su pasión á los libros le valió la amistad del cardenal Leopoldo de Médicis, y Cosme II le confió la biblioteca que habia fundado. Verdadero devorador de libros, su viaje mas largo fué ir á Prato á reconocer un manuscrito. Feo, grosero, siempre solitario, sin tener siquiera un criado, vestido con un traje sucio y raído, sin mudarse de camisa sino cuando se le caía á pedazos, permanecía todo el día en su sillón; allí dormía y comía, sin interrumpir la lectura; y los restos de los manjares se podrían en me-

Erudición. Pisan. chini. 1662-1729.

Magliabecchi. 1633-1714.

dio de montones de libros arrojados unos sobre otros, únicos muebles de su habitación. Tenía una copilla con fuego para calentarse las manos, y un día no advirtió que se quemaba su vestido, hasta que su piel comenzó a tostarse. Todo lo que leía se le quedaba grabado en su memoria de hierro, y recordaba tan perfectamente el sitio que ocupaban los libros colocados en su derredor, que cuando los buscaba no tardaba en hallarlos. Por eso las personas doctas acudían á él de todas partes, como á una biblioteca viva (1), y contestaba con exactitud y extensión, citando hasta las palabras y las páginas. « Jamas he tomado anotación (escribía á Fontanini en 1698) de nada de lo que he leído, por lo cual me han reprendido hasta estos principes serenísimos. Tengo diferentes cosas en la imaginación; pero no puedo fiarme de la memoria, y me es casi imposible comprobarlas, en atención á que todos mis libros están amontonados. » Dice en otra carta al mismo: « Todos saben que tengo mis libros amontonados, lo que hace que para buscar uno haya que revolver doscientos... El muy noble señor Rostgaard... es testigo de que, habiendo necesitado el tomo segundo de las obras de Libanio, le dije al momento dónde lo tenía; pero le fué preciso revolver mas de quinientos libros en folio, debajo de los cuales estaba. Recuerdo los datos que deseáis, sin necesidad de buscarlos; pero de ninguna manera me fiaré de mi memoria, sin comprobarlos en los libros en que los he leído. » Contestando á todo el mundo, buscaba con ansia la fama, y la obtuvo muy grande; pero en igual grado que se mostraba cortés con los extranjeros, aparecía lleno de desprecio y orgullo respecto de sus compatriotas. Excitaba sus celos, y se regocijaba al verlos indisponerse unos con otros. Trataba á Viviani de asno, atacaba á Redi, Magalotti, Coccapani y otros; pero encontró personas que á su vez le zahiriesen. No escribió nada, y como nosotros gustamos de medir las facultades por los actos, tenemos vernos obligados á colocarle entre las muchas personas que, para conservar su reputación, tienen necesidad de no publicar las cosas que prometen.

Otro extravagante erudito fué el jesuita Teófilo Rainaud, de Niza, que se negó á admitir el obispado de Ginebra, y que habiendo entablado en Chambery correspondencia con el padre Monod, preso entonces en el castillo de Montmeillan, por haber desagradado á Richelieu, se atrajo la venganza de este ministro, que le mandó prender y enjuiciar. Reconocióse su inocencia; pero como los poderosos tienen la costumbre de persistir, para que no aparezca que se han equivocado, fué de nuevo preso; habiéndosele devuelto otra vez la libertad, consiguió el favor del legado del papa, la cual le valió ser empleado en

(1) Entre los anagramas, que fueron una de las pretensiones de aquel siglo, citaremos el de Antonius Magliabechus en *Is unus bibliotheca magna*, y el de Evangelista Torricellius en *En virescit Galileus alter*.

varios asuntos. Escribió mas de noventa y tres obras, sin la menor corrección, y ejerció contra los jansenistas su ingenio satírico. Dotado de una prodigiosa erudición, la derramaba al acaso, tanto que nunca el título de sus obras corresponde á la materia de que habla en ellas; por ejemplo, en el tratado *De la rosa bendita*, discute acerca de la cuaresma (1).

El jesuita Juan Hardouin, de Quimper, adquirió también una desgraciada reputación. No habiéndose atrevido otros á encargarse de la edición de Plinio para uso del delfín, él la emprendió; su Plinio tuvo eco; pero el orgullo que concibió, hizo que otros descubriesen los errores que había dejado pasar, y eran en gran número. Al defenderse, incurrió en tal abundancia de sutilezas y paradojas, que le hicieron mas célebre que su erudición. Sostuvo en la *Cronología explicada por las medallas*, que la historia antigua había sido refundida en el siglo XIII; que de todos los clásicos no habían llegado á nosotros mas que Cicerón, Plinio, las Geórgicas de Virgilio, las Sátiras y Epístolas de Horacio; que todos los demás autores habían sido falsificados por monjes de la edad media; y señaló los solecismos en que habían incurrido. Atribuía á impostura los escritos de Casiodoro, de Isidoro y de San Justino; los concilios, cuya colección reimprimió, eran, en su opinión, mas ó menos quiméricos, hasta el Tridentino. Su atrevida crítica parecía amenazar á los libros santos, por lo que se vió obligado á retractarse; pero ni aun así renunció á su extravagante opinión. Incansable trabajador, hubiera podido, dotado como estaba de una memoria muy segura y de una sostenida atención, colocarse en primer lugar, si no se hubiese complacido demasiado en la singularidad. Sostiene con respecto á Homero, que ni sus ensalzadores ni sus detractores (la cuestión se hallaba entonces en su mayor fuerza) tenían una exacta idea de él, y que el verdadero héroe del poema es Enéas, y su objeto consolar á los Troyanos de sus reveses. Como consecuencia del encadenamiento que existe entre los errores no menos que entre las verdades, pretendió que Jansenio y Quesnel, Descartes y Malebranche, Arnauld, Nicole y Pascal eran ateos.

Es difícil que haya quien admita las paradojas esparcidas en sus noventa y dos obras (2); y no es de desear que su escepticismo histórico llegue á prevalecer. Manifestó, sin embargo,

(1) No olvidemos aquí á Julio César de la Cruz, oriundo de Persiceto en el Bolonesado. Pobre huérfano, criado por un tío albeitar, abrió tienda en Bolonia, y se aficionó á escribir, hizo varias obras muy groseras, entre las cuales una hay que debe sobrevivir á todas las nuestras; es la que lleva por título *El Bertoldo*. Sus repetidas ediciones no pudieron hacerle dejar su albeitería, y solo cuando se puso viejo, aceptó una pensión de los señores boloneses.

(2) Véase un epitafio que se le hizo, y que merece citarse: *In expectatione judicii — hic jacet hominum paradoxotalos — natione gallus, religione jesuita — orbis litterali portentum — veneranda antiquitatis cultor et deprecator — docte febricitans — somnia et inaudita commenta vigilans edidit. — Scepticum pie egit — credulitate puer — audacia juvenis — deliriis senex — verbo dicam, hic jacet Hardouin.*

Hor.
donia.
1616-
1721.

un conocimiento superior de la antigüedad, y osadía en su modo de juzgarla, anticipándose á muchas apreciaciones modernas, y ayudando á destruir la ciega veneración que las academias y los doctos profesaban á todo lo que había sido trasmitido por los antiguos. Dejamos ántes referidas las disputas que se suscitaron en Francia sobre esta materia. Bacon había emitido ya una verdad muy hermosa, á saber: que nosotros somos los verdaderos antiguos, y que lo que se llama antigüedad del mundo es su infancia. Tassoni se atrevió á sostener que los tiempos modernos no son inferiores á los antiguos. Lancillotti, aunque sacerdote é individuo de varias academias, se propuso probar (*L'Oggidi, ovvero gl'ingegni non inferiore ai passati*) que el mundo no había empeorado moralmente ni estaba afligido con mayores males que en lo pasado, y que las fuerzas intelectuales no habían degenerado. En lugar de capítulos, dividió la obra en *desengaños*, combatiendo en cada uno de ellos una preocupación: escribió libremente, con resolución y saber. En los *Absurdos* (*Farfallon*) de los antiguos historiadores, ridiculiza su credulidad, y hasta excede á varios modernos en la crítica de la historia romana.

El teólogo inglés Jorge Hakewill, siguiendo el mismo tema, niega en la *Apología*, ó declaración del poder y de la providencia de Dios en el gobierno del mundo (1627), la perpétua y universal decadencia de la naturaleza, que algunos querían extender hasta las estrellas y los elementos. Con respecto al hombre en particular, dice que el carácter moral de la antigüedad es exagerado, sobre todo en lo concerniente á los Romanos; y no concede, ni aun en las letras, superioridad á los antiguos. La polémica le ha hecho sentar juicios que el buen gusto reprueba; sin embargo, nadie dudará de su erudición, aunque cede en viveza á Lancillotti, á quien parece no haber conocido.

Los padres de la congregación de San Mauro, introducidos en Francia en 1618, se señalaron por sus trabajos de erudición, bajo la dirección de Achery, el cual descubrió y publicó en trece tomos, con el título de *Spicilegium*, gran número de documentos. Saint-Marthe empezó en 1656 la inmensa obra de la *Gallia christiana*, que sus compañeros continuaron hasta llegar á once tomos. Edmundo Martène y Ursino Durand, su fiel colaborador, además de cooperar á la obra anterior, dieron á luz el *Thesaurus novus anecdotorum*, y la colección de los antiguos escritores y monumentos históricos, dogmáticos y morales. De allí salieron tambien el *Arte de comprobar las fechas* y la *Historia de Francia*: Felibien escribió la de la abadía de San Dionisio y la de la ciudad de Paris, Lohineau la de Bretaña, etc. La edición de San Agustín mezcló á aquellos padres en las disputas acerca de la Gracia.

Juan Mabillon, natural de Saint-Pierremont junto á Reims, publicó una edición de San Bernardo, y además reunió en nueve tomos los

Hechos de los Santos de la orden de San Benito; despues hizo lo propio en cuatro tomos de *Analecta* con todo lo que había tomado inédito en las bibliotecas de Alemania, Francia é Italia. Redactó los anales de su orden, y dió reglas á las demas en sus importantes trabajos *De re diplomática* y *De los estudios monásticos*, donde sostuvo contra Rancé, que la obligación de estudiar era antigua entre los monjes. Colbert le envió, por su *Diplomática*, una pensión de 20,000 francos, y él no quiso aceptarla: « Soy » pobre é hijo de padres pobres. ¿Qué se diría » si buscase en el claustro lo que no me hubiera » atrevido á esperar en el siglo? » Le Tellier, al presentarle á Luis XIV, dijo: « Os presento al hombre mas docto de vuestro reino. » Y Bossuet añadió: « Y al mas humilde. » Bernardo de Montfaucon creyó que la erudición profana le era necesaria para imprimir las obras de los Padres griegos, y discutió sobre el papiro, sobre el faro de Alejandria y otros asuntos. Los Italianos son particularmente deudores á estos dos últimos por haber exhumado é ilustrado, en el *Iter italicum* y en el *Diarium italicum*, muchas cosas relativas á su país, si bien equivocándose á menudo.

Así como Mabillon ilustró la orden de los Benedictinos, otros muchos lo hicieron respecto de aquellas á que pertenecían, y en atención á que la tranquilidad de los conventos y el auxilio mutuo facilitaba las indagaciones, fué ilustrada principalmente la Historia eclesiástica.

Se tributan iguales elogios á las obras de Godefroy, Baluzio, Ducange, Ruinart y otros. Luis Thomassin, del Oratorio, dió un extenso tratado de la *Disciplina eclesiástica*, y varios sobre las cuestiones de la Gracia, la usura y los medios de mantener la unidad de la Iglesia. Antonio Pagi, fraile franciscano, comentó los *Anales* de Baronio, corrigiendo sus errores año por año. El Trevisano Oderico Rinaldi, del Oratorio, los continuó desde 1198 á 1565, y despues los compendió en estilo mas correcto del que entonces se usaba. Pueden servir de introducción á Baronio los *Anales del Antiguo Testamento* por Agustín Tornielli, de Novara (1610). Monseñor Marcos Battaglini publicó una *Historia general de los concilios*, con estilo prolijo y crítica inexacta, como la *Historia de las herejías*, por Bernini. Fernando Ughelli, cisterciense florentino, fué el primero que ordenó la serie de todos los obispos de Italia, acompañándola de documentos: lo que hizo (1642-48) ocho años ántes de la *Gallia christiana*. Roque Pirro le añadió la *Sicilia sacra*.

El abate Claudio Fleury, de Paris, no es original en su *Historia de la Iglesia*, demasiado prolija para obra elemental; pero se le ha llamado el prudente. Expone con claridad las cuestiones abstractas, y toca á grandes rasgos los acontecimientos mundanos que conciernen á la religión, habiendo contribuido mucho á hacer perder á la corte de Roma el afecto de los literatos. Se leen mas sus *Disertaciones*, escritas

Mabillon.
1632-
1707.

Montfaucon.
1655-
1744.

Fleury.
1723.

con gusto, facilidad y claridad, concisas sin ser áridas, que presentan cierto aspecto de sencillez, y parecen apoyarse siempre en hechos. Natal Alejandro, dominico de Ruan, doctor de la Sorbona, ataca en su *Historia eclesiástica* (32 tom. en 8^o) varias proposiciones adoptadas por Roma: en consecuencia de lo cual Inocencio XI la puso en el Índice; pero fué borrada de él por Benedicto XIII.

Noris. 1631-1704. Enrique Noris, de Verona, entusiasmado con las obras de San Agustín, entró en su orden, y hallándose en Roma, concibió la idea de la *Historia del pelagianismo*, investigando el origen de esta herejía. Los Jesuitas temieron que incurriese en los errores admitidos con respecto á la Gracia, y resultó un escandaloso litigio. Pero Roma lo sostuvo, y el gran duque Cosme III le invitó á que explicase historia eclesiástica en Pisa: y allí ilustró los cenotafios de Cayo y Lucio, hijos de Vipsanio Agrippa, los orígenes de la colonia pisana, y despues las eras de algunas ciudades del Asia. Inocencio XII quiso encargarle la custodia de la Biblioteca del Vaticano, y mientras los Jesuitas trataban de hacerle condenar por la Inquisición de España, él le condecoró con la púrpura cardenalicia. Las atenciones y ocupaciones de aquella dignidad no le distrajeran del estudio, al contrario, entonces fué cuando escribió la historia de los *Donatistas* y la de las *Investiduras*.

Se citan asimismo con elogio al *Sacrorum oleo chrismatum myrothecium sacro-propfanum* (1625-37) del padre Fortunato Scacchi, de Ancona, sobre el uso de los óleos, y la obra sobre las epístolas eclesiásticas (1612) y las predicaciones sagradas (1618) del Milanes Octavio Ferrari, hecha, segun se pretende, con arreglo á los manuscritos de un tío suyo. El que dió mas luz á la liturgia fué el cardenal Juan Bona, de Mondovi (*De divina psalmodia; Rerum liturgicarum libri duo*), que habiendo sostenido que en los primeros siglos se consagraba el pan fermentado, halló un refutador en Mabilon. Tambien ayudó mucho á aclarar esta materia el cardenal José Tommasi, natural de Sicilia, publicando varios códigos litúrgicos (*Códices sacramentorum noncentis annis vetustiores*, 1680), y ademas responsorios y antifonarios.

La Historia eclesiástica, desfigurada por leyendas populares y sin crítica, habia ofrecido ocasion á los herejes para acusar á la Iglesia de impostura voluntaria y sistemática. Los Jesuitas no vacilaron en examinarla, persuadidos de que la verdad resultaria gananciosa, y los *Hechos de los Santos* fueron un nuevo tesoro de historia. Habiendo sido principiada esta obra en 1643 por Bolland, jesuita de Ambéres, la continuó Papebroeck, á quien ayudó Baert, y luego Sollier y Van der Bosch. Pero habiendo los bollandistas nombrado al beato Bertoldo como fundador de los Carmelitas en el siglo XII, lo tomó á mal esta orden, que pretendia proceder directamente del antediluviano Enoc. Al hacerles notar que Noé y sus hijos, únicos que habian

sobrevivido al diluvio, eran casados, se limitaron á Elias, afirmando que desde él todos los profetas y filósofos mas ilustres habian pertenecido á aquella orden. Parece increíble que se sostuviese seriamente la tesis (1), y que se llegase hasta acusar á los bollandistas de haber declarado falsas las decretales anteriores al papa Siricio, la donacion de Constantino y el milagro de la Verónica: la Inquisición de España prohibió los tomos que contenian esto; pero mejor informada despues, se retractó.

Hemos hablado en otra parte de los historiadores que no pueden considerarse sino como literatos. La España no ofrece ninguno de que tengamos que tratar ahora. Entre los Ingleses empezó á mejorarse la crítica en la apreciación de la verdad: y la *Historia de la reforma en Inglaterra* (1679), por Gilberto Burnet, es la primera que se apoya en copiosos documentos. La Italia contó muchos historiadores, pero pocos notables. El cardenal Guido Bentivoglio, de Ferrara (1644), escribió las guerras de Flandes, como en rivalidad con el padre Famiano Strada, con buen estilo, aunque sin las noticias secretas que su posición daba lugar á esperar. El Paduano Dávila (1631) recibió los nombres de Enrique Catalina en muestra de los beneficios que el rey y la reina de Francia habian concedido á su padre despues de su expulsión de Chipre, donde desempeñaba el empleo de condestable. Sirvió á la república veneciana en varios cargos honoríficos, y fué asesinado cerca de Verona (1631) cuando iba á tomar posesión del gobierno de Crema. Los mismos Franceses consideran como una de las mejores su *Historia de las guerras civiles de Francia*. Conoce los sitios y las costumbres, y expone los hechos con claridad; pero desfigura los nombres franceses, y quiere utilizar sobre las intenciones de los príncipes.

Muchos escribieron historias municipales; Juan Antonio Summonte, Francisco Capecelatro y el padre Giannetasiolas, de Nápoles, haciéndolo el último en latin; Pedro Gioffredo la de Niza; el canónigo Ripamonti la de Milan, con verbosa fluidez latina. En Venecia, á Paruta sucedió Andres Morosini, hábil en materias de gobierno y erudito, el cual escribió en latin; Juan Bautista Nani refirió los hechos desde 1613 á 1671; continuaron Miguel Foscarini y Pedro Garzoni; pero tenemos una nueva prueba de los sacrificios á que los obligaba la protección oficial en una orden que se ha encontrado hace poco, en la cual el magistrado manda á dicho Garzoni que suprima varios pasajes concernientes á la adquisición y pérdida de la isla de Chio, donde « con peligrosa exactitud ha revelado materias secretas y delicadas. » Galeazzo Gualdo, Majolino Bisaccioni, Alejandro Ziliolo y Pedro Jorge Capriata, Natale Conti y

(1) Fué uno de los litigios mas ruidosos, no solo de aquel siglo, sino de toda la Historia eclesiástica, el de los Carmelitas con los Jesuitas; reduciéndose á la cuestion entre la devoción contemplativa y la activa, entre la tradicion irrecusable y la crítica.

Jerónimo Brusoni ilustraron tambien la historia contemporánea. Ferrante Pallavicino, buscado á causa de su lúbrica maledicencia, acabó por ser decapitado en Aviñon.

Entonces se conoció la importancia de los antiguos escritos. Juan Pedro Puricelli registró con cuidado los archivos milaneses, é ilustró los *Ambrosianæ basilicæ monumenta*; Félix Osio, tambien de Milan, publicó las crónicas de Albertino Mussato, Rolandino, los Morena, los Cortusi y otros; y Camilo Pellegrino muchas concernientes al reino de Nápoles. Agustín Mascardi, de Sarzana, escribió las reglas del *arte histórico*, excelentes aunque prolijas; mas los que gusten dedicarse á este ramo de los conocimientos, deben estudiar á los mismos historiadores, y sobre todo á los hombres, no los preceptos, y mucho menos el ejemplo dado por aquel autor en la *Conjuración de Fiesco*.

Mascardi. Ferrante Pallavicino. 1618-44. Ferrante Pallavicino, hijo mayor de una esclarecida casa de Módena, canónigo regular en Milan, elogiado por su saber, se revolvió en amores vulgares; gustaba, escribía á trochémoche historias sagradas y profanas, novelas, panegiricos, epitalamios, unas veces ascético, siempre pomposo, embrollado, oscuro, y con descripciones lascivas; y por ejemplo, en las *Bellezze dell'anima* (bellezas del alma), tratado espiritual, en el capítulo 13 habla de bellezas muy diferentes. Iguales indecencias se leen en su *Suzanna*, *Sansone*, y *Bersabea*. En el *Corriere svaligiato* escupió toda especie de calumnias contra el papa, los cardenales, los jesuitas, todos los gobiernos, los literatos, con obscenidades y fétidas agudezas. Un tal *De Breche*, Parisiense, pagado por los Barberinis, se fingió amigo suyo, le persuadió que se retirara á Francia, donde tendria medio de dar á luz otras obras irreligiosas, y así lo llevó á Aviñon, tierra del papa. En cuanto hubo llegado, fué apresado, encausado, y tuvo la cabeza cortada á la edad de veintiseis años.

Gregorio Leti. 1630-1701. Atacó tambien la doctrina católica el Milanes Gregorio Leti, el cual despues de haber disipado todos sus haberes en viajar, y haberse atajado á los reformados, profesó el calvinismo en Lausana, enseñó en Ginebra, y escribiendo contra la Iglesia Romana obtuvo de aquella ciudad el derecho de vecino. Pronto se hizo mal notar con su modo de vituperar, y tuvo que irse á Paris y á Londres, encomiando á Luis XIV y á Carlos II, mientras le colmaron de regalos, y dispuesto á decirles mil blasfemias así que dejarán de hacerlo. En Holanda el erudito Le Clere, enamorado de su hija, le hizo recibir bien, y nombrar historiógrafo de la ciudad de Amsterdam, donde murió súbitamente. Nuevo Aretino, dejó quizás cien tomos de historias aliñadas y muy prolijas, pasando en ellas á cada momento de la ira á la adulación, y formando un conjunto de chanzas. Se jactaba de tener siempre tres obras á un mismo tiempo en el telar, y á lo que le escaseaban los materiales para la una, se daba á la otra; pero solo pensaba, como dice

Bayle, en engrosar tomos y en multiplicar dedicatorias; rápsoda sin rastro de crítica, y de tan poca reflexion que, aunque viviendo en Holanda, dijo que el Schelde y el Rhin pasan por Rotterdam. Como le preguntasen si eran verdad las mil diabluras que habia escrito de Sixto V, de Felipe II, de Isabel, respondió que todo lo que está bien imaginado gusta siempre mas que lo que es verdadero. Pero ni siquiera tiene el don de disimular la mentira con el talento y el estilo: siempre descuidado y fastidioso, lleno de ridículas pretensiones y de grotescas hipóboles, jamas habria quien le leyera, á no verse engolosinado con las descaradas diatribas con que ensucia sus escritos, mayormente contra Roma.

V. Siri. 1683. Está fuera de la línea comun el benedictino Victor Siri, de Parma, que siendo aun jóven emprendió una coleccion en la que daba cuenta de los acontecimientos diarios; esto le dió reputación, pues el italiano se encontraba entonces tan generalizado como el frances lo está hoy. Luis XIV llamó á su lado á aquel distribuidor de glorias, nombrándole capellan é historiógrafo. Visitábanle ministros y embajadores, para proporcionarle datos á su manera con que engañar á la posteridad. Ademas de los quince tomos voluminosos del *Mercurio político* (1635-55), los ocho de *Memorias secretas* (1621-40) están llenos de documentos auténticos, que las hacen al mismo tiempo fastidiosas y útiles. Refiere con prolijidad, confunde los sucesos, censura á Luis XIII y á Richelieu, alaba á aquellos por quienes está pensionado, pero no por eso deja de servir de correctivo á los autores franceses.

Periódicos. Venecia, situada en los límites de Levante, y centro del comercio, era á propósito para las innovaciones, por lo cual introdujo las gacetas, llamadas así á causa de la moneda que costaba cada número. Extendióse su uso, y el médico Renaudot las llevó á Francia en 1631, y obtuvo el privilegio de su publicación. Pero recordemos que Voltaire referia como una maravilla que salian en Lóndres doce periódicos por semana.

1693. Juan Pablo Marana, de Génova, publicó en Paris el *Espia turco*, donde supone que un escrupuloso musulman, agente secreto de la Puerta, visita disfrazado la capital de Francia desde 1635 á 1682, y sostiene correspondencia con compatriotas suyos de diferentes posiciones. Esta obra fué continuada por varios escritores, y los primeros tomos se tradujeron al inglés, así como del inglés al frances los últimos. Es completamente falsa la idea de un Turco que escriba tanto; sin embargo, agradaba la sería independencia de aquel mahometano que juzgaba las ridiculeces y frivolidades de nuestra sociedad como un hombre extraño á ella, y su manera no acostumbrada de observar los casos, las anécdotas, la política, las cuestiones teológicas y metafísicas de la época. Pasando en silencio las *Cartas judias* de Argens, imitador